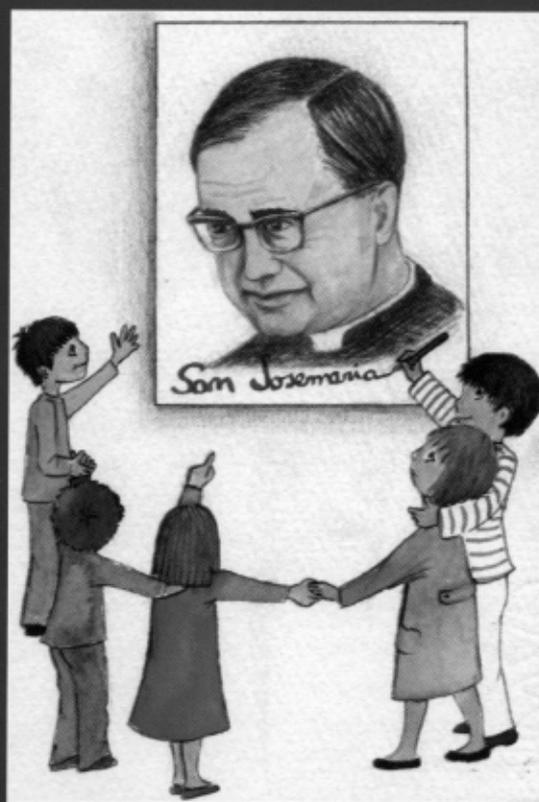


San Josemaría Escrivá

Amar a Dios en lo ordinario



Testigos para el siglo XXI



Nace un niño en Barbastro



Nacimiento de San Josemaría

A principios del siglo XX Barbastro era una pequeña ciudad con unos siete mil habitantes situada no lejos del Pirineo. Sus habitantes eran gentes alegres, sencillas y trabajadoras y, con frecuencia, muy religiosas. En la calle Mayor, el corazón de la ciudad, vivía la familia Escrivá. José Escrivá Corzán y Dolores Albás y Blanc, su mujer, tenían una hija llamada Carmen, que a partir del 9 de enero de 1902, podrá disfrutar de la

compañía de su nuevo hermano: José María. Con el paso de los años, debido a su amor a San José y a la Virgen María, unirá ambos nombres en uno: Josemaría.

El niño crecía sano, fuerte y feliz, y rodeado del cariño de sus padres. Pero a los dos años, cae enfermo con una fiebre muy alta. Avisan al doctor y, tras examinar al niño, comunica a la familia la gravedad de la situación. En los días sucesivos la fiebre no cesa. Una noche los males empiezan a aumentar y el médico asegura que no va a durar más



Cae enfermo a los dos años

de un día con vida. Los padres, desolados, solicitan entonces una especial atención a Nuestra Señora del Cielo, a la que doña Dolores le hace una promesa: *–Madre mía, si curas a mi hijo, iremos a visitarte a tu ermita de Torreciudad.*

Al día siguiente, muy de mañana, el médico acude nuevamente a la casa para preguntar a qué hora había fallecido el niño. *–No ha muerto. Gracias a Dios está totalmente*

sano. Pasa y lo verás tú mismo, le dice el padre. El doctor no sale de su asombro y observa boquiabierto al pequeño dando saltos en la cuna, agarrándose a los barrotes.



Promesa a la Virgen de Torreciudad



curado, sin duda, por intercesión de la Virgen. Meses después, cuando pasaban el verano en Fonz, el pueblo de don José, la familia entera parte con una caballería hasta la ermita de Torreciudad situada en la margen del río Cinca, a unos veinticinco kilómetros de Barbastro.

Para llegar allí tienen que recorrer unos senderos que no

resultan fáciles. A lo largo de su infancia, su madre le recordará repetidas veces: *–Para algo grande te ha dejado en el mundo la Santísima Virgen, hijo, porque estabas más muerto que vivo.*



Un niño que juega y reza

A los cuatro años, Josemaría es un niño alegre y travieso, como todos los de su edad. Sus padres le llevaron al parvulario de las Hijas de la Caridad, que estaba muy cerca de su casa. Una religiosa le enseñó a leer, a escribir y a hacer las primeras cuentas. Josemaría aprende con rapidez y se encuentra a gusto. Sin embargo, un día después del recreo, una niña entra en clase con lágrimas en los ojos.

–¿Por qué lloras? –le pregunta la profesora. –Porque me han pegado, contesta suspirando. –¿Quién te ha pegado? Ha sido Josemaría –afirma uno de los compañeros. –¡No! –reacciona

éste enfadado. ¡Eso es mentira! ¡Yo no he sido! Josemaría es castigado injustamente. Pero él no quiere ser rencoroso.

A la salida del colegio, solía jugar con su hermana y otros muchos niños de la ciudad. Con el escondite, la gallinita ciega y otros muchos juegos pasaban horas hasta que sus padres les hacían volver a casa; aunque a Josemaría le costaba, obedecía siempre a la primera... o a la segunda. Don José y doña Dolores dedican a sus hijos el tiempo necesario, jugando con ellos y conversando sobre historias de la familia. A



Le gusta jugar con sus hermanas a la gallinita ciega

Josemaría le encantaba salir a pasear con sus padres por la agradable ciudad de Barbastro. En ocasiones, cuando pasaban por la catedral, hacían la visita al Santísimo y Josemaría, lleno de sorpresa, preguntaba a su madre qué era lo que se guardaba encima de ese altar. Doña Dolores aprovechaba para hablarle de la presencia real de Jesucristo en las especies consagradas, a la vez que le explicaba que algún día podría él también recibirle en la comunión.

La familia Escrivá aumentará en número con el nacimiento de tres niñas: Asunción, María Dolores y María del Rosario. Josemaría cumple los 6 años y deja el parvulario para ir al colegio de San José de Calasanz, de los Padres Escolapios. Allí completa su preparación para su primera Comunión. Varios meses antes, un sacerdote escolapio le enseña la oración de la Comunión espiritual, que no olvida-

rá nunca ya lo largo de su vida repetirá muchísimas veces: *Yo quisiera, Señor, recibirlos con aquella pureza, humildad y devoción con que os recibió vuestra Santísima Madre; con el espíritu y fervor de los santos.* El deseo de tener al Señor en su corazón iba creciendo dentro de su alma.

Un día luminoso de abril –fiesta de San Jorge– en la catedral de Barbastro, Josemaría, a la edad de 10 años, hace realidad un sueño que desde tanto tiempo había esperado: recibir a Jesús Sacramentado.

Surgen problemas en la familia

Fue la madre la que enseñó a Josemaría sus primeras oraciones, y se encargaría de recordárselas diariamente y de rezarlas con él. Comenzaban todas las mañanas con una invocación a la Virgen con la oración: *¡Oh, Señora mía! ¡Oh, Madre mía! Yo me ofrezco del todo a Vos...* y por la noche también le ayudaba a rezar tres Avemarías. Al atardecer, los padres rezaban en la sala de estar el Santo Rosario. A veces, Josemaría y su hermana Carmen se sumaban a las oraciones. Primero, un solo misterio; después, dos; otro día, se quedaban hasta el tercero... El sábado, día dedicado a Nuestra Señora acudían a la iglesia de San Bartolomé, que estaba cerca de su casa. Allí, con otras familias amigas, también rezaban el Rosario y la Salve.

La vida en la familia Escrivá estaba llena de felicidad, pero muy pronto llegarían las desgracias. En julio, muere María del Rosario, y dos años después, Lolita. Josemaría se queda muy apenado, pero también se da cuenta del dolor que supone para sus padres y de cómo procuran suavizarlo: su madre le explica que las dos están en el Cielo. La vida familiar se hizo más íntima y todos estaban muy unidos.

Pero meses después, en octubre, el Señor permite un nuevo sufrimiento para aquella casa: ahora fallece María Asunción, Chon, como la llamaban cariñosamente.



Josemaría siente en su propia carne el dolor de toda la familia. Sabía que sus hermanas ahora serían felices junto a Dios, pero ya no estaban. Por otra parte, habían ido muriendo de menor a mayor de edad y esto le movió a decir a su madre: *—Ahora me toca a mí.* Doña Dolores le tranquilizó: *—No te preocupes. A ti no*

te puede pasar nada porque estás ofrecido a la Virgen de Torreciudad.

Además, en la familia Escrivá, el tema económico no marchaba bien. Don José, que junto con otros socios llevaba un negocio de tejidos, tuvo que cerrarlo con la honradez de una persona justa. Procuró el bien de las personas que trabajaban para él, y repartió el dinero que correspondía a cada uno según justicia. Esto le llevó a quedarse sin nada. Buscando otro trabajo lo contrataron de dependiente en una tienda de telas. Había un problema: se encontraba en la lejana ciudad de Logroño. Doña Dolores, con sus dos hijos Carmen y Josemaría, se quedan de momento en Barbastro. La partida definitiva de toda la familia tendrá lugar en el mes de septiembre. Para Josemaría y su hermana significaba el abandono de una ciudad en la que habían vivido durante toda su infancia: dejaban atrás a muchos amigos e imborrables recuerdos.

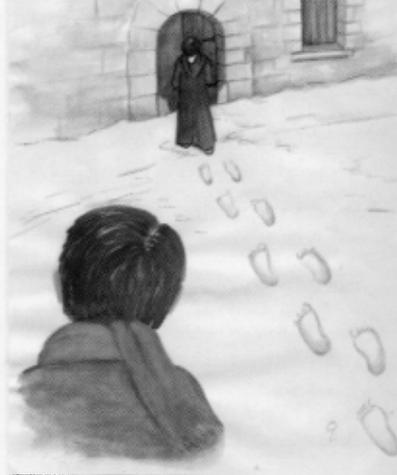
Unas huellas en la nieve

El comienzo de una nueva vida en Logroño no supuso para Josemaría ningún trauma. Pronto conoció a nuevos amigos y reanudaría las clases. A los catorce años está ya en el instituto de Logroño. Devoraba libros de aventuras, como *El Capitán Veneno*, de Alarcón, *La isla del tesoro*, de Robert Louis Stevenson, o *Veinte mil leguas de viaje submarino*, de Julio Verne. Las calificaciones del colegio son buenas, y tanto sus padres como los profesores están contentos de su comportamiento.

Con los años, se va acercando el momento de pensar en los estudios del futuro. Un día le dice a su padre: *—Papá, quiero ser arquitecto*. A Don José le parece bien la idea, pero le hace ver que debe continuar estudiando y dejar pasar el tiempo.

Aquel invierno fue especialmente frío en Logroño. Una mañana de diciembre la ciudad despertó completamente cubierta por la nieve. Como de costumbre, Josemaría salió temprano, bien tapado con su abrigo y su bufanda. En el camino algo llama poderosamente su atención: las huellas de unos pies desnudos que se alejan. Tomando aquel camino, el muchacho se dirige al religioso carmelita descalzo en busca de dirección espiritual. El hecho le deja sorprendido y se pregunta: si otros hacen tantos sacrificios por Dios y por el pró-

Ve las huellas de un carmelita descalzo sobre la nieve.



jimo, ¿no voy a ser yo capaz de ofrecerle algo? A partir de ese momento, se da cuenta de que el Señor le pide algo y de que debe esforzarse más en tratar a Jesucristo. Se plantea entonces qué será lo que Dios espera de él.

Tiene una inquietud interior y necesita comentarla con alguien que le pueda aconsejar bien. Acude al Padre José Miguel, el carmelita que había dejado las pisadas en la nieve. Éste le orienta y le tranquiliza, hasta que un buen día Josemaría se plantea una nueva pregunta: ¿y si yo fuese sacerdote? ¿No estaría más disponible para hacer lo que Dios quiera de mí y que no conozco?

Poco a poco esta idea crece dentro de él. Un día se dirigió a su padre: *–Papá, quiero decirte algo muy importante para mí. –¿Qué es? –pregunta intrigado Don José. Deseo ser sacerdote. Don José guarda silencio, mientras unas lágrimas surgen en sus ojos. –¿Lo has pensado bien? –Sí, muchas veces. Estoy seguro de que Dios me pide algo. –Hijo mío –le responde– los sacerdotes tienen que ser santos. Piénsalo un poco más, pero yo no me opondré.* Días después, le presenta a un sacerdote amigo para que le ayude a orientar bien su decisión, que será ya definitiva.



Comunica a su padre su decisión de hacerse sacerdote.

Se ordena sacerdote en Zaragoza

Tras acabar el bachillerato en el Instituto, Josemaría ingresa en el seminario de Logroño. Las clases, primero de filosofía y luego de teología, no resultan especialmente dificultosas para él. Después de dos años, completará sus estudios en el seminario de San Carlos de Zaragoza. Una mañana, el Rector del seminario le llama a su despacho y le dice: *–Ha llegado un telegrama para ti desde Logroño.* Josemaría lo abre con rapidez y lee: *«Querido hijo, papá está gravemente enfermo. Te esperamos».* Por el tono del telegrama, se da cuenta de que su padre ha fallecido. Muy preocupado, toma el primer tren que sale para Logroño. El hijo siente un profundo dolor. Al llegar a su casa se abraza a su madre, que le cuenta lo sucedido: *–Tu padre ha muerto repentinamente de un ataque al corazón.* A Josemaría le invade una profunda tristeza que le lleva a llorar con la sencillez de un niño. De nuevo ve en este sacrificio la mano de Dios. Tiempo atrás, le había pedido tener un hermano varón para llenar el hueco familiar que suponía su entrega al sacerdocio, y el Señor se lo concedió con el nacimiento del pequeño Santiago, el tercero de la casa. Pero ahora, le enviaba una nueva cruz: hacerse cargo de la familia como hermano mayor. Josemaría acepta la Voluntad de Dios con fe y con paz interior. Después de quedarse unos días con su madre, con su hermana Carmen y Santiago, regresa a Zaragoza para continuar con sus estudios.

Pasada la Navidad, ya nada retiene a la familia en Logroño: se marchan a Zaragoza y se instalan en una sencilla casa. Allí podrán estar más cerca de Josemaría, que está acabando su formación en el seminario, y en compañía de algunos familiares y amigos. Poco después, recibe la ordenación sacerdotal. Celebra su primera misa en la Santa Capilla de la Basílica del Pilar. La ofrecerá por el eterno des-



Ordenación sacerdotal

canso de su padre fallecido cuatro meses antes. Tan sólo un día después, parte para su primer destino: Perdiguera, un pueblo de unos 800 habitantes, a 25 kilómetros de Zaragoza. Debe sustituir al párroco, que se encuentra enfermo. Permanecerá allí tan sólo dos meses, en los que celebra todos los días la Santa Misa, dedica un tiempo al confesonario, visita a los enfermos, ayuda a los más pobres y habla con la gente. Cuando termina su encargo, regresa nuevamente a Zaragoza.

Pero el joven Josemaría mantiene una gran inquietud por algo que no llega a saber. Le había comenzado aquel día en Logroño en el que vio las huellas en la nieve de aquel carmelita descalzo. Intuye que Dios le pide algo especial que él no alcanza a descubrir –*¡Señor, que vea lo que Tú quieres de mí!*, repetirá muchas veces. y dirigiéndose luego a la Virgen, a la que desde muy joven tuvo una gran devoción, decía: –*¡Señora, que vea! o ¡Señora, que sea!*

El Señor le hace ver el Opus Dei

Pasan los meses y el joven sacerdote se traslada a Madrid para continuar sus estudios. Comienza allí una nueva vida cargada de trabajo y múltiples tareas. El 2 de octubre de 1928, la fiesta de los Ángeles Custodios, Josemaría se encuentra de retiro espiritual en la residencia de los Padres Paúles. Son unos días de especial oración y recogimiento, en los que busca descubrir los planes que Dios tiene para él. Después de celebrar la Santa Misa, se recoge unos minutos en profunda acción de gracias. Una vez más manifiesta al Señor su inquietud: *–Señor, que vea lo que Tú quieres de mí.* Se dirige luego a su cuarto, donde continúa su oración y allí, de una manera casi inesperada, ve con gran claridad lo que el Señor quería pedirle. Después de tanto tiempo de búsquedas, el Señor le hace percibir su mensaje: que recuerde al mundo entero que todos los hombres están llamados a ser santos en medio de las circunstancias ordinarias de su vida, a través de su trabajo profesional y del cumplimiento de sus deberes personales, familiares y sociales.

El joven sacerdote se queda maravillado y en cierto modo aturdido; comprende entonces muchas cosas. Se da cuenta de que lo que el Señor le estaba pidiendo era algo muy grande. No duda en aceptar la propuesta aun conociendo su indignidad. Y como una señal que certificaba que era una iniciativa divina, escucha las campanas de la iglesia cercana de Nuestra Señora de los Ángeles, que anunciaban su fiesta.

Desde ese momento, don Josemaría no piensa en otra cosa que en llevar a la práctica la tarea que Dios le pide. Cuando en una ocasión su confesor, conocedor de estos sucesos, le pregunta: *–¿Cómo va esa Obra de Dios?*, decide entonces darle un nombre a lo que hasta entonces era tan sólo un proyecto: Obra de Dios, que en latín –la lengua ofi-

cial de la Iglesia– será Opus Dei. Al principio, don Josemaría piensa que sólo habría hombres. Sin embargo, el 14 de febrero de 1930, Dios le hace comprender que también ha de haber mujeres en el Opus Dei.

¿Pero cómo va a poder sacar adelante este deseo de Dios el joven sacerdote? Sabe que cuenta con toda la gracia de Dios, ya que es Él quien le había llamado, pero también es consciente de la carencia absoluta de medios para tan enorme misión. Reza con intensidad y hace penitencia. Se esfuerza, más todavía, en vivir muy bien el trato con Dios, a la vez que hace grandes sacrificios aunque, sobre todo, los busca en las cosas pequeñas de cada día: en el orden, en el trabajo bien hecho, en la ayuda a los demás, en hacer sin protestar las cosas que cuestan... Solicita también colaboración de otros que pueden aportarle fuerzas espirituales: acude a los enfermos, a los que les pide que ofrezcan sus dolores por una intención verdaderamente importante, les dice. Algunos de ellos morirán dando su vida por esa intención de don Josemaría.

A San Josemaría le gustará utilizar a menudo la imagen del borrico de noria, para ilustrar el trabajo ordinario.

Aparentemente rutinario –siempre las mismas vueltas–, pero utilísimo a los demás, –sin el que no habría agua– y sin protestas, –realizado por amor–, es digno de santificación.



Con los jóvenes de Madrid

Y el joven sacerdote comienza a hablar con jóvenes, estudiantes o no; repasa nombres de antiguos compañeros y se acuerda de Isidoro, que estudió con él en Logroño y en ese momento ha finalizado su carrera de ingeniero industrial. Don Josemaría le transmite el mensaje que ha recibido de Dios. Isidoro queda conmovido: era eso lo que él llevaba tiempo buscando. Surge así la primera vocación al Opus Dei. Después de él, vienen otros. Don Josemaría se reúne con ellos donde puede: unas veces en una chocolatería, otras en un parque, pero casi siempre en su propia casa. Les abre amplios horizontes espirituales y, con ejemplos gráficos, habla de la santificación del trabajo: *una hora de estudio es una hora de oración...* El cristiano puede ofrecer a Dios cualquier acción buena de la jornada: el deporte, las excursiones, la música...

En una ocasión organiza una clase de formación religiosa en la sala de un asilo que llevaban unas religiosas e invita a todos los que conoce. Asisten sólo tres, pero no se desanima. Al acabar les imparte la bendición con el Santísimo en la capilla y recuerda: *«Bendije a aquellos tres..., y yo veía trescientos, trescientos mil, treinta millones, tres mil millones ..., blancos, negros, amarillos, de todos los colores, de todas las combinaciones que el amor humano puede hacer»*. Era la intuición del futuro que aquella labor, apenas perceptible entonces, tendría a lo largo de los años.

Entre tanto, su madre y su hermana Carmen se comprometen también a ayudar a don Josemaría. En las reuniones en su casa, siempre atienden a los jóvenes con lo mejor que tienen; no escatiman esfuerzos para darles una merienda o algo que pudiese agradarles. Santiago, el hermano de Josemaría y quince años menor que éste, llegaría a decir con cierto tono de queja: *«Los chicos de Josemaría se lo comen todo»*.

Con frecuencia aquellos jóvenes estudiantes, además de dedicar tiempo al estudio, visitaban a los enfermos en los hospitales o daban catequesis a niños que vivían en barriadas pobres de Madrid. Un domingo, Luis Gordon, uno de estos jóvenes, acompañó a don Josemaría al hospital. Mientras éste atendía a un tuberculoso, le dijo a Luis que limpiara la jofaina que estaba llena de esputos de aquel enfermo. En un primer momento, puso cara de asco, y se dirigió al cuarto de aseo que había al fondo del pasillo. En seguida, don Josemaría salió para ayudarle; y, cuando estaba cerca, oyó que Luis, mientras limpiaba el recipiente con las manos, decía en voz baja con rostro sonriente: *Jesús, que haga buena cara.*

La labor iba creciendo y, a pesar de que no tenía nada de dinero, era necesario disponer de algún local adecuado. Don Josemaría, lleno de fe y confianza en Dios, decide poner en marcha una academia para estudiantes. Su nombre era *DYA, Derecho y Arquitectura*, aunque en la intención de don Josemaría era *Dios y Audacia*. Poco después, trasladaron la residencia para estudiantes a la calle Ferraz. No disponía de medios materiales y humanamente parecía una locura; años más tarde, don Josemaría comentó: *era como montarse en un avión, pero por la parte de fuera y sin paracaídas.*



En la tradición cultural europea, la figura del ánade se vino interpretando como el símbolo de la audacia. ¿Cómo se aprende a nadar? ¡Nadando! Y al grito de ¡patos al agua!....

Así empezó a funcionar la residencia y fueron llegando las primeras vocaciones al Opus Dei. Álvaro del Portillo, que entonces estudiaba Ingeniería de Caminos, conoció a don Josemaría por esa época. Le invitó a un retiro espiritual y ese mismo día sintió la vocación a la Obra. Se incorporó plenamente y, a partir de ese momento, fue un gran apoyo para su Fundador. Pero para poner en marcha estas actividades apostólicas resultaba necesario un dinero que no tenían. Una vez más fue su madre la que lo facilitó. Vendió para ello unas tierras que tenían en Fonz procedentes de una herencia familiar. Era todo lo que poseía.

Estalla la guerra civil

Con estos instrumentos, el Padre, como le llamaban aquellos jóvenes, desarrolla una intensa actividad lleno de fe y de optimismo, hasta que... de pronto, todo se viene abajo. El 18 de julio de 1936 estalla la guerra civil española, que divide el país en dos e imposibilita toda labor apostólica. El simple hecho de ser sacerdote o creyente constituía un motivo para ser asesinado, ya que grupos partidarios de uno de los bandos militares se proponían eliminar la religión del territorio español, y por eso se desata una persecución religiosa. Durante unas semanas se refugia en la casa de su madre, pero el lugar no es seguro y tiene que huir nuevamente. Un hombre, al que tomaron por él, es ahorcado en la proximidad de su domicilio. Comienza así un intenso recorrido por diferentes alojamientos, siempre con el peligro de ser descubierto y asesinado. Uno de estos escondites es una clínica psiquiátrica en la que tiene que hacerse pasar por loco. Aun así, poniendo en peligro su vida, continúa ayudando espiritualmente a muchos cristianos que requieren de su atención sacerdotal y que también se encuentran amenazados por la persecución.

Sus hijos, los primeros de la Obra, están también dispersos y algunos en paradero desconocido, pero el Padre mantiene el contacto con ellos. Tras pensarlo mucho en la presencia de Dios, decide intentar pasar a la otra zona en la que España estaba dividida, y en la que podría ejercer con libertad su ministerio sacerdotal. La única forma de conseguirlo era cruzando la frontera con Francia y entrando luego por Navarra. Pero eso resultaba muy arriesgado: por lo general, a quienes deteían los fusilaban en el acto. Pese a ello, el Padre junto a algunos de aquellos jóvenes inicia la peligrosa salida de la España republicana para pasarse a la denominada España nacional.

Se trasladan a Barcelona y desde allí iniciarán, a finales de noviembre de 1937, una arriesgada marcha a través del Pirineo. Una de las noches, al Padre le sobreviene una profunda duda: no sabe si volver a Madrid y quedarse con su madre y algunos de la Obra, o continuar la travesía para poder ejercer su ministerio sacerdotal con libertad. Pide entonces lo que nunca había hecho: una señal a la Virgen. Y Nuestra Madre del Cielo se la concede. Entre las ruinas de una iglesia en una de cuyas dependencias habían pasado la noche, descubre una rosa de madera dorada que permanecía intacta pese a que la iglesia había sido quemada. Ve en ella la respuesta de que debe continuar. Empezará así, lle-



no de paz, el paso del Pirineo uniéndose a un grupo de refugiados y contrabandistas que pretendían el mismo objetivo. Sin embargo fue una marcha llena de penalidades. Debían caminar por la noche, ocultándose durante el día, con frío, sin apenas comida y con el peligro continuo de ser localizados. Días después, consiguen llegar a Andorra, pasan después a Francia y desde allí llegan a Burgos cruzando la frontera por Irún.

Reinicia su labor apostólica

Don Josemaría reinicia su labor sacerdotal en esa otra parte de España: atiende a los que vienen a verle, escribe a los que están lejos, visita a los que lo necesitan. Cuando acaba la guerra, es uno de los primeros sacerdotes en entrar en la capital de España. Encuentra allí la residencia de estudiantes completamente en ruinas, pero muy pronto busca otra para poner en marcha su trabajo apostólico. Su madre y su hermana Carmen, nuevamente, se encargarán de prestar la ayuda que se precisaba.

En 1939 sale la primera edición de *Camino*, un libro con breves puntos para la meditación que tendrá una enorme difusión. También entonces es solicitado por numerosos obispos para predicar retiros y ejercicios espirituales a sacerdotes por todo el país; pese al intenso trabajo, las acepta siempre con gusto. En una de estas tandas, cuando predica a sacerdotes en Lérida, recibe una llamada desde Madrid. Era Álvaro del Portillo que le comunica que su madre ha fallecido. Además del profundo dolor que le produce, llora también por el hueco que deja en esa labor en la que era tan necesaria.

Durante esos años el Padre viaja por toda España, el apostolado crece y vienen muchas vocaciones; hay ya centros del Opus Dei en varias ciudades, pero un viento de calumnias –acusaciones falsas contra la Obra y su persona– comienza a soplar. Ciertas personas, algunos de ellos religiosos, piensan que el trabajo que don Josemaría realiza con los jóvenes no es el acertado y tratan de impedirlo; visitan a los padres de las personas del Opus Dei para prevenirles. La enérgica intervención del obispo de Madrid don Leopoldo Eijo y Garay con la aprobación oficial de la Obra en 1941 parecía que podría calmar estas calumnias, pero continúan extendiéndose en los medios académicos y políticos.

Llegan a enviar una denuncia a la Santa Sede dirigida al Papa, aunque muy pronto se disuelve. Mientras tanto el Padre aconsejaba a sus hijos callar, trabajar, perdonar y rezar.

El trato apostólico con muchachas, que tras la guerra civil había quedado muy reducido, toma nueva vida a partir de 1942. El Padre les presenta un futuro lleno de esperanza al que ellas, pese a la carencia de medios, supieron responder con absoluta generosidad. Con el desarrollo de todos estos apostolados, eran necesarios sacerdotes que surgiesen de la misma Obra. En 1944 son ordenados los tres primeros sacerdotes del Opus Dei.



La labor de apostolado crece

Traslada su residencia a Roma

Pero la salud de don Josemaría no era buena. A finales de 1944 sale a la luz la causa de sus males: una grave diabetes que le ocasiona molestias y malestares continuos. Su trabajo, sin embargo, no disminuye. Viaja a Portugal y, animado por sor Lucía, una de las videntes de Fátima, inicia el trabajo apostólico del Opus Dei en este país. Un tiempo después tuvo que viajar a Roma para resolver en el Vaticano la aprobación jurídica de la Obra –es decir, que fuera reconocida por el Santo Padre como una institución en la Iglesia– y es recibido por el Papa Pío XII, que alaba y bendice el Opus Dei.

Don Josemaría se traslada a vivir definitivamente a Roma, desde donde dirige la Obra y su expansión universal. A partir de 1948 varias personas del Opus Dei parten hacia diferentes países para realizar allí su labor de apostolado: primero a México, luego a Estados Unidos, Inglaterra, Perú, Kenia, Japón... La Obra se va extendiendo por el mundo entero de una manera sorprendente: al paso de Dios. Entre los proyectos del Fundador del Opus Dei figuraban muchas iniciativas, todas ellas apostólicas, con el deseo de llevar a Cristo a todos los ambientes. Muy pronto se pone en marcha la Universidad de Navarra, en la que se formarán universitarios, pero a la vez se trabaja en centros para formación de campesinos y trabajadores manuales. El concilio Vaticano II, iniciado en 1962 viene a confirmar lo que don Josemaría había enseñado desde el principio: la llamada universal a la santidad.

Durante años don Josemaría permaneció trabajando en Roma sin realizar apenas salidas, pero en 1970 considera oportuno ir a visitar a sus hijos –las personas de la Obra– en algunos de sus países. Inicia así un largo recorrido por diferentes países de Latinoamérica, en los que mantiene encuen-



Cada uno está llamado a santificarse y santificar la tarea donde se desarrolla su vida ordinaria.

tros y puede conversar con miles de personas del Opus Dei, cooperadores y otras muchas personas. Por aquellos años, como agradecimiento a la Virgen, decide impulsar la devoción a la Virgen de Torreciudad, que le había curado en su infancia. Construye un santuario muy cerca de la ermita primitiva en la que se veneraba la imagen mariana. Sugiere que haya numerosos confesonarios porque serán muchas las personas que allí acudirán para purificarse de sus pecados o para aumentar su gracia.

Es proclamado santo

El 26 de junio de 1975, cuando don Josemaría se disponía a salir de Roma en un viaje a España, después de despedirse de algunas hijas suyas, regresa a Villa Tevere, donde reside. Al llegar, entra en el oratorio, hace una genuflexión delante del Sagrario y se dirige a su habitación de trabajo. Mira el cuadro de la Virgen de Guadalupe, la saluda con una mirada cariñosa y dice: *–No me encuentro bien...* Acto seguido, se desploma sobre el suelo. Inmediatamente le administran la unción de los enfermos. Segundos después llegan los médicos, pero el Padre está ya en el Cielo. Su cuerpo es enterrado en la cripta de la iglesia de Santa María de la Paz, en la misma casa donde vivió durante años en Roma. Inmediatamente muchas personas, seguras de que ya estaba en el Cielo, comienzan a acudir a su intercesión. Sabían que continuaría ayudándoles y enseguida llegan noticias de favores recibidos por su intercesión. Miles de personas y un tercio de los obispos de todo el mundo acuden al Papa pidiéndole que se estudie su vida, sus virtudes y sus enseñanzas con el deseo de que llegue a ser proclamado santo. El 17 de mayo de 1992, tras probarse la curación milagrosa de una monja atribuida al Fundador del Opus Dei, fue proclamado Beato por el papa Juan Pablo II. A la ceremonia asistieron cerca de trescientas mil personas, treinta y tres cardenales y unos doscientos obispos.

Su devoción continuó extendiéndose todavía más por el mundo entero. Muchos lo hacen rezando la oración de su estampa. Uno de ellos es el Doctor Nevado. Durante muchos años se había dedicado a operar y reducir fracturas bajo radioscopia y recibió muy altas dosis de rayos x. Como consecuencia le sobrevino una radiodermatitis crónica, un tipo de cáncer de piel incurable, que sufrió de modo progresivo y agravado durante treinta años. Alguien le entregó una

estampa con la oración para su devoción privada y la rezó pidiendo su curación. En quince días las lesiones le desaparecieron y poco después pudo volver al trabajo, después de siete años de no poder trabajar como médico cirujano. Su milagrosa curación la Iglesia la atribuyó a la intercesión del Beato Josemaría.

El 6 de octubre de 2002, con una afluencia todavía mayor que la del día de su beatificación, también el Papa Juan Pablo II declara en la Plaza de San Pedro del Vaticano que Josemaría Escrivá de Balaguer es considerado santo por la Iglesia católica. Al día siguiente, en una homilía recordaba: *San Josemaría fue elegido por el Señor para anunciar la llamada universal a la santidad y para indicar que la vida de todos los días, las actividades comunes, son camino de santificación. Se podría decir que fue el santo de lo ordinario...*



*Niños de todo el mundo
han podido dedicarle sus dibujos, en el Centenario de su nacimiento,
celebrando su llegada a los altares y sobre todo el mensaje de Cristo que
vino a recordar, la llamada universal a la santidad.*



Texto: Pedro Estaún Villoslada
Dibujos: M^o Angeles Jiménez de Anta

© STUDIUM

NOTICIAS CRISTIANAS

Ctra. de Vallvidrera al Tibidabo, 106 - 08035 Barcelona
Tel.: 93 434 2600; Fax: 93 434 26 01
www.noticiascristianas.es/ c.e.: info@noticiascristianas.es

EMPRESA & HUMANIDADES

Prat de la Riba 33 3^o B - 43201 - Reus
Tel.: 977 350 512
www.empresahumanidades.org

Colección dirigida por Joaquín Menros
Con licencia eclesialística.